

mo: de esto no se encuentra el menor vestigio en ninguna legislacion antigua ni moderna; mas como en todas las naciones ha habido siempre algunos libertinos, no han faltado tambien hombres que hayan gustado de esta opinion extravagante, sin poder probarla?"

"¿Y hay materialistas de buena fe?"

"Para resolver esta cuestion, es preciso examinar primero, si puede haber buena fe entre los materialistas. ¿Puede haber buena fe entre unos hombres, que se resisten á todo lo que les dicen las luces de la razon, el sentido íntimo, el concierto de todos los siglos y de todas las naciones? ¿puede haber buena fe entre aquellos, que no opinan de este modo, sino porque esta opinion les da una entera libertad á todas las pasiones, que no pueden mostrar el menor viso de probabilidad sobre el que puedan apoyarse, y que nada absolutamente tienen que responder ni á las dificultades que se les proponen, ni á las pruebas con que se les combate? Tales son los materialistas. ¿Habrán, pues, materialistas de buena fe?"

Es pues cierto, que el alma es espiritual, que carece de partes, y que es absolutamente imposible que pueda ser estensa y material, porque es imposible que la materia pueda pensar.

Siendo un ser indivisible; ¿como podria ser el alma del hombre una parte del alma de los padres? esta opinion es de las mas absurdas que pueden inventar los filósofos: no pue-

de trasmitirse una parte del alma porque carece de partes; luego toda el alma se trasmitiria, y entonces quedaban los padres sin ella; ¿puede pensar de este modo, quien tiene sentido comun?

Tampoco puede ser una parte de la sustancia divina, por la misma razon de que Dios es un ser que carece de partes; sino es que digan que en cada hombre se halla todo un Dios, y entonces tenemos mas divinidades que las que admitió el ciego politeísmo. Demas; ¿como participa el alma de la sustancia de un ser infinitamente perfecto? ¿en este caso mereceria Dios el nombre siquiera de bueno y santo por esencia? Dios sería impúdico en Tiberio, parricida en Neron, ateo en Diagoras, infame en Adriano, ebrio en Galba, sanguinario en Dioclesiano, tirano en Costantinopla, voluptuoso en un serrallo, y últimamente el conjunto de todos los vicios en el filosofismo de estos últimos siglos. ¡Filósofos ciegos! abrid los ojos, y ved los escollos en donde frazca vuestra razon.

CAPÍTULO VIII.

De la inmortalidad del alma.

Probada la espiritualidad del alma y respondidas las principales objeciones de que se valen los incrédulos para combatir esta verdad, es muy conveniente pasar á tratar de su

inmortalidad, que en algun modo es como una consecuencia de la espiritualidad.

Si el alma fuera una modificacion del cuerpo del hombre, ó aún quando fuera una sustancia, estuviera compuesta de partes organizadas de materia, ó si el pensamiento fuera en ella una cosa accidental, que le viniera únicamente de su union con el cuerpo, no sería fácil sustraerla del dominio de la muerte, y nos veriamos precisados á confesar que en muriendo el cuerpo ella acababa su existencia: porque si era una modificacion del cuerpo, como el movimiento, ó la figura, destruida su organizacion ella se habia de sujetar á sus variaciones, y reducido aquel á polvo esta no podria ser mas. Si fuera una materia organizada, y toda su actividad consistiera en la colocacion de las partes, pudiendo esta perderse, también la actividad, y por consecuencia necesaria, la existencia. Ultimamente, si el pensamiento lo tuviera á causa de su union con el cuerpo, disuelta esta, quedaria el pensamiento reducido á la nada, porque faltando la causa que en todos los momentos estaba produciendo su efecto, que era el pensamiento, ya este no podia existir porque no se puede dar un efecto sin causa. Mas si el alma es una sustancia esencialmente pensante, independiente del cuerpo en su ser; del todo simple, que careciendo de partes le repugna la organizacion, puede sobrevivir al cuerpo. Si ella, repetimos, es una

sustancia, puede ecsistir aunque el cuerpo sea reducido á la nada, porque el ser de una sustancia, no depende del ser de otra: si es esencialmente pensante, no puede dejar de pensar, sin dejar de ecsistir, y si del todo simple, no puede perecer por disolucion de partes: luego probada como está la espiritualidad del alma, no tiene duda, que ella no puede perecer al modo del cuerpo, disolviéndose su compaginacion. Esto es lo que llamamos en el espíritu inmortalidad *ab intrinseco*, y es claro segun lo probado, que le conviene tal inmortalidad, por la misma ecsistencia de su naturaleza.

Mas como solo Dios vive por si mismo, y por necesidad de su misma naturaleza, todos los demas entes, no tienen su duracion sino por la voluntad omnipotente de Dios, que les conserva: por esta razon, aunque el alma tiene por su naturaleza, la inmortalidad *ab intrinseco*, nos resta ecsaminar si es inmortal *ab extrinseco*, y asi la cuestion de que nos vamos precisamente á ocupar, y es el objeto principal de este discurso, es la siguiente: Dios criando á el alma, ¿quiere que ecsista eternamente? ¿ó deberá reducirse á la nada concluido el tiempo de su union con el cuerpo? Este es un dogma; pero que presenta consecuencias muy serias, y por esto desagrada á cierta especie de hombres, que viven sumergidos en los vicios; mas está apoyado en tan fuertes razones y autoridades, que no puede fundadamente combatirse.

Todo hombre ó reconoce á un Dios ó no, si no lo reconoce, es un insensato que ha perdido el sentido comun, y juzga á lo real por quimérico, á lo verdadero por falso, y á lo evidente por dudoso. Si reconoce á un Dios, ¿como atrevidamente se avanza á asegurar que el alma no es inmortal? ¿acaso ha sido admitido al consejo de Dios, para dar con tanta firmeza la sentencia de destruccion del alma al mismo tiempo que perece el cuerpo? ¿como levanta su voz arrogante para sufocar la de todos los siglos, y contradecir al sentir y propensiones de todos los hombres? El dogma de la inmortalidad del alma fija su época con la misma del mundo: nuestros primeros padres lo creen, los libros sagrados lo anuncian, la razon lo persuade, los pueblos cultivados lo reconocen y los bárbaros, sin necesidad de la filosofía lo perciben: es en fin tan estensa esta creencia, como la de la existencia de Dios, y la luz natural que nos enseña esta nos descubre tambien á aquella.

En efecto, el género humano reconociendo á un Dios, le há visto siempre como un ser sabio, bueno y omnipotente que gobierna al universo por su providencia: mas la providencia no puede percibirse en Dios si deja todas las cosas entregadas al acaso ciego y en un desorden horroroso; puede permitir el desorden por algun tiempo, pero dejarlo sin tomar providencias para restablecer el orden, esto es inconcebible. Quite se la verdad de la vida fu-

tura, y hagase desaparecer la inmortalidad del alma, ya la mejor de las obras de la diestra del Eclesio queda condenada al desorden eterno, sin esperanza de su restablecimiento.

Supongase que esta vida es un tiempo de prueba, en donde se hacen méritos para conseguir los premios eternos; que aqui está el hombre como de transito, que está fabricándose la casa en donde ha de vivir eternamente, que como el labrador está sembrando las semillas de las buenas obras para recoger algun dia esuberantes frutos, que le pongan á cubierto de toda necesidad, y últimamente que todos los trabajos que le cuesta andar por los caminos de la virtud serán recompensados con usuras, supongase repetimos todo esto, y entonces ¡ah! ¡que dulce es la virtud, y que atractivos tan poderosos tiene para que la sigan! mas si no hay otra vida, si la presente es el último termino del hombre, si todo el queda disuelto en el sepulcro, si es igual la suerte del justo y el vicioso, y el Criador tanto se cura del que se esfuerza por complacerle; como del que consume sus dias en ultrajarle, si esto es así; donde está la providencia, bondad y justicia de Dios que arregla todas las cosas? ¿donde los atractivos para seguir la virtud y separarnos del vicio? Nosotros sabemos que tenemos relacion con Dios y con los demas seres criados; sabemos que Dios ha establecido estas relaciones, y que nos manda conservarlas, estas son verdades evidentes, porque si ne-

gamos, las relaciones que tenemos como criaturas con nuestro criador, negamos tambien nuestra existencia; si negamos que Dios estableció estas relaciones, será negar su existencia, y si decimos que no tenemos un precepto de conservarlas, será decir que Dios no quiere las obras que ha hecho.

En el supuesto de otra vida en que son premiados los justos y castigados los perversos; ¿cuanto brilla la providencia, bondad y justicia de Dios estableciendo las relaciones dichas, dándolas á conocer y mandándolas conservar! porque si pone el orden y lo da á conocer es por su providencia que cuidando de sus obras les da el arreglo conveniente y enseña cual es este para que no se turbe por ignorancia: si mandando conservar este orden promete premios á los observadores del, castigos á los infractores, y al mismo tiempo les dota de libertad para que obren el bien sin violencia, y les da los auxilios necesarios para esto, es por su bondad, que abre al hombre el camino del merito; y si al fin de la vida presente aplica premios, ó castigos, es por su justicia, que da á cada uno lo que ha merecido. Pero quítese la otra vida y ya no veremos sabiduria ni justicia en la conducta que Dios observa con nosotros. ¿De qué utilidad puede sernos el conocimiento de las relaciones, que ha colocado el Señor en el universo? si se nos dice que para que nos sirvan de regla en nuestras operaciones; replicaremos, ¿y

para que necesitamos de reglas los que á largos pasos caminamos á la nada? si no reconocemos mas felicidad que la presente, ¿la dejaremos que se escape no gozando de ella y nos atormentaremos con reglas infructuosas? ¿Y las promesas, y amenazas nós serán de algun provecho? si, porque estas nos determinan á obedecer: ¿y promesas y amenazas, que no han de tener efecto, tendran alguna fuerza, para inclinar nuestra voluntad al bien? ellas podrian tocar nuestro corazon cuando vieran á la vida futura; mas terminándose en la presente, podriamos asegurar con una diaria experiencia, que no se llevan á la ejecucion. Frecuentemente se vé en el mundo, que los justos despues de grandes privaciones y sacrificios; despues de haber renunciado todo lo que el mundo tiene de mas lisonjero, despues de vivir en la oscuridad y el abatimiento, siendo perseguidos del mundo acaban su vida en el tormento y el dolor, sin haber recibido premio alguno por haber seguido la virtud. ¿Triste, en verdad, sería la suerte del justo, que terminada su carrera se precipitara en el abismo de la nada! no asi la del pecador, que disfrutando de todos los placeres de la tierra, muchas veces parece que en la prosperidad está recibiendo el premio de sus injusticias. ¿Y en donde encontramos esos premios y castigos capaces de movernos al bien y separarnos del mal?

No solo los premios y castigos, quitada la inmortalidad del alma, desaparecen, si-

no la misma idea de Dios quedaria reducida á una quimera. Nosotros concebimos al Sér infinitamente perfecto, como una bondad sin límites, que nos ha criado para hacernos felices, que á nadie quiere hacer desgraciado, y sabemos que si algunos lo son es porque voluntariamente quieren serlo entregándose á los vicios: esta idea que tenemos de Dios, no puede conformarse con la que se nos presentaria suponiendo que toda felicidad, ó desdicha, se terminaba en la vida presente, sin algun temor ó esperanza ulteriores. ¿Para qué diriamos entonces que Dios habia criado al hombre? para hacerlo aparecer por un momento en un teatro lúgubre, obligarlo á representar el papel mas infeliz y miserable, y luego volverlo á la nada de donde lo sacó.

Sí, esta seria la suerte de la mas perfecta de las obras del Criador, y seria mas feliz la del bruto que carece de razon, y la del tronco y el peñazco que no sienten. En el tiempo de la vida, ¿qué vé el hombre á su derredor? males que le oprimen y desórdenes que le estravian. Estos mismos desórdenes los siente en su interior y en su corazon observa un fondo de corrupcion que es el principio de todos ellos. Basta que suelte la rienda á sus inclinaciones para ser el ente mas desordenado de la naturaleza: algunas veces sintiendo la inata propension que tiene para lo bueno, quiere seguirlo; pero el vicio comienza á oponerse con una fuerza poderosa: los pensamien-

tos se combaten unos á otros, los deseos buenos y malos se hallan en una continua oposicion, y en fin una guerra intestina se escita en el alma, pero tan fuerte y prolongada, que si el vicio no desaloja del todo á la virtud del corazon, fluctuando esté, sin hallar partido que tomar, y devorado por sus propios sentimientos, tendrá que padecer tormentos insufribles, hasta venir á ser al fin, ó el ente mas desarreglado, ó el mas desgraciado; porque si se entrega al vicio todo será desarreglo en él, y si á la virtud, todo privaciones é infelicidad: no hay duda, si se entregá á la virtud, todo será infelicidad, porque sus padecimientos no han de tener recompensa. ¿Qué es pues, entonces la virtud? ¡ah! es una sombra vana, es una quimera capaz únicamente de seducir á los insensatos; porque si no hay mas bien, ó mal, que el placer y dolor de la vida presente, y en ella debe terminarse toda felicidad é infelicidad, nada vale la virtud, ni podemos ver en ella otra cosa, que la melancólica pintura de la afliccion y del dolor. ¿Qué utilidad nos resulta entonces de servir á un Dios que se complace en atormentar al que le busca? ¿qué significa la providencia, quitadas la esperanza y temor futuros? nada en verdad. ¡Terribles consecuencias que trastornarian todo el orden de la sociedad! He aquí la razon porque dice un sabio escritor, que «si estuviera demostrado que el alma del hombre es mate-

rial y que debe perecer con el cuerpo, de todas las verdades, esta seria la mas triste y humillante para el género humano, y seria de desear que fuese ignorada de todos los hombres."

Mas presentese la verdad de la vida futura y los sacrificios y tormentos de esta vida desaparecen. Luego que sabemos que ha de venir tiempo en que sea premiada la virtud, que ha triunfado del vicio, de la corrupcion y los escándalos: que entonces acabada la guerra entre la carne y el espíritu, que salió vencedor disfrutaremos de una tranquilidad imperturbable; y que entonces libres de todos los males y en la posesion de todos los bienes, sin temor de perderlos viviremos eternamente, luego que sabemos todo esto los trabajos presentes son dulces, y la esperanza de los premios nos animará á trabajar para asegurarla. ¡O vida eterna! ¡tu eres el resorte mas poderoso de las buenas acciones y la fuente de todas las virtudes públicas y privadas!

No hay duda, „solo el dogma de la inmortalidad del alma, dice un autor, puede formar grandes hombres, elevarlos á grandes virtudes, y empeñarlos á grandes sacrificios para Dios, para la religion, para la patria y la sociedad:” este sostiene, dá valor y consuela al hombre virtuoso, al mismo tiempo que lo contrario no puede agradar sino á los viciosos y criminales. El hombre de bien es muy interesado en la vida eterna y no puede de-

sear su anonadamiento; solo el pecador puede empeñarse en sufocar un porvenir que le hace estremecer, porque solo este puede desear despues de haber satisfecho á sus pasiones, unirse en el abismo de la nada; pero el hombre de bien es imposible que tenga este deseo, porque es inconcebible que haya alguno que sea virtuoso sin esperanza, bienhechor sin mérito, y que por su misma naturaleza trabaje por vencerse, sin estímulo que le impulse á sacrificar todas sus pasiones y deseos. Un sabio y austero romano, conociendo esta verdad y no queriendo dar oidos á los errores de los materialistas decia: „si yo me engaño creyendo á el alma inmortal, es muy de mi agrado este engaño, y en tanto que yo viva no quiero que se me arranque un error que me consuela. Si uno despues de muerto ya no siente, como lo sostienen algunos filosofos despreciables, yo no temere que estos vengan despues de mi muerte á insultar mi credulidad.”

Fenelon sentando el dogma de la inmortalidad del alma dice que la verdadera prueba no es sacada de inciertas indagaciones, sino de la idea de Dios y de su desigño criando á el alma. Nosotros continúa el mismo „somos capaces de ver á Dios como es en si y de amarle como merece. Criando seres de una capacidad tan grande Dios no ha podido tener otro fin que hacerlas eternamente felices en el conocimiento y el amor de sus grandezas infi-

nitias. En el tiempo de la vida el hombre no llena este fin, y todas sus ocupaciones aquí no corresponden á una capacidad tan noble. ¿Y será posible que Dios haga y deshaga su obra sin llenar jamas el designo para que la ha criado? esta inconstancia seria indigna de la sabiduria y bondad infinita, y aun suponiendo á el alma material esto no impediria su inmortalidad.”

Eexaminemos esta prueba con toda la atencion que merece. ¿Que es el hombre? es un ser racional dotado de conciencia y libertad y con las ideas de la virtud y del vicio; las ideas le manifiestan lo bueno y lo malo, la conciencia le enseña que Dios manda lo primero y prohibe lo segundo, y la libertad le hace sentir que puede seguir lo que quiera sin que haya alguna necesidad que le obligue á hacer necesariamente una cosa, pues aunque conoce que Dios ha impuestole una ley que no puede lícitamente quebrantar, pero si puede libremente. Esta ley impuesta por Dios es estensa y difícil de cumplirse estando el hombre sujeto á la tiranía de las pasiones y por tanto para vencerlas y observar la ley necesita de un motivo fuerte, general y subsistente, que pueda siempre contrapesar á los poderosos impulsos del vicio. Ya hemos probado que solo el temor y esperanza de los castigos y premios futuros tienen las condiciones necesarias para mover al hombre eficazmente; y si estos tubieran su principio en las preocupaciones y

no en la verdad de la cosa ¿serian el motivo eficaz necesario para el bien obrar? ciertamente no, porque tomando su principio de una preocupacion, podrian los hombres despojarse del, conocer su falsedad y no ser general en todos. ¿Como pues entonces Dios nos mandaria obrar bien, sin darnos un motivo suficiente para determinarlos á el? si esto fuera asi; ya no seria providente pues faltaria en las cosas necesarias: ó si dijéramos que Dios es el autor de esta creencia de la vida futura y que no obstante, es falsa, ¿cómo podriamos creer que Dios era veraz si nos enseñaba lo quimérico como verdadero? ¿puede esto combinarse con las ideas que tenemos de la divinidad, que es veraz en todas sus palabras y fiel en todas sus promesas? esto seria decir que Dios se contradecia á si mismo mandando una cosa sin dar lo necesario para que se le obedeciera, ó dando por motivo lo que no podia tener siquiera el nombre de tal; últimamente esto seria decir no hay Dios.

En segundo lugar cuando Dios ha criado seres sensibles ó inteligentes debe haber querido testificarles su bondad, pues cualquier otro motivo no parece decoroso al Ser eterno; y para hacer esta manifestacion de su bondad, es preciso que el ser inteligente criado conozca que dandósele la existencia, se le ha hecho un beneficio y se le ha destinado para ser feliz. Pues si la vida presente no le dispone á otra suerte mejor no puede persuadirse

que Dios le ha criado para darle pruebas de su bondad y para hacerlo dichoso. Los incrédulos convienen en esta verdad cuando dicen que el hombre tiranizado por las pasiones y reprimido por la conciencia, agitado sucesivamente por vanos terrores y por esperanzas frívolas, goza de un deseo de la inmortalidad, que no pudiendo ser satisfecho le hace el mas desgraciado de los animales y parece ser criado por una divinidad caprichosa y mal hechura. He aquí como quitada la inmortalidad del alma Dios ni habria criado al hombre con un buen designio, ni le testificaria su bondad. Ciegos materialistas, admitid la vida futura, y conoceréis la bondad de Dios y la dignidad del hombre, que se anonadan con vuestro sistema impío.

En tercer lugar, quitada la inmortalidad del alma se aniquila la justicia de Dios. Un legislador justo equitativo y sabio, cuando establece sus leyes que mandan el bien y prohíben el mal, debe poner diferencia entre el fiel observador de ellas y el infractor, no siendo una misma la suerte del uno y el otro. Esta no la hay siendo todos anonadados en la muerte, lo que repugna á la equidad y justicia de un Dios infinitamente perfecto. Teniendo por otra parte los hombres una propension inata é invencible á ser felices, ¿obrarían bien observando unas leyes que no les proporcionaban bien alguno; antes por el contrario solo hallaban en ellas la desgracia, el tormento

¿el dolor? el afirmar que si, repugna á la dicha propension á la felicidad, y solo el malvado que se hace dichoso en la tierra á costa de sus semejantes seria el único que diríamos pensaba sábia y prudentemente: el hombre de bien que se inmola al público interes seria un insensato; el vicio y la virtud no serian otra cosa que unas ideas extravagantes; el orden moral no tendria basa sobre que estribar, y como dice La Métrie, el materialista que ordena al pecador sumergirse en el crimen y ahogar los remordimientos de la conciencia para ser feliz, será el único filósofo que raciocina consiguiente.

Ultimamente sin la perspectiva de la vida futura, no se conciben los designios del Criador en la formacion del universo. ¿Cual pudo ser el fin que Dios se propuso sacando de la nada á este espectáculo magnífico del universo en que brillan los rasgos de una sabiduría infinita en la economía de sus obras desde el mas grande de los astros, hasta el mas pequeño grano de arena, desde el encumbrado cedro hasta el humilde hisopo, y desde la ballena hasta el imperceptible arador? ¿A que fin se dirige este pomposo aparato de potencia y de liberalidad? parecería que Dios habia solamente querido divertirse con su obra y que habia criado al hombre y dotado de razon solamente para que por algunos momentos fuera el espectador de esta decoracion de teatro. Pero si este solo es un

preparativo para disponerse á conseguir una vida futura, si el hombre, del conocimiento de los objetos que le rodean, debe elevarse al de otros superiores, y si sus miradas no deben fijarse en estos, sino estenderse hasta una vida eternamente feliz ¡ah! que Dios tan grande se presenta á nuestros ojos, que magnifico en sus obras y adorable en sus designios.

Segun lo espuesto, solo el dogma de la inmortalidad del alma puede enseñarnos verdades, que sin el serian los delirios mas absurdos; este nos enseña la bondad de Dios, su justicia, su providencia, sus altos designios en la creacion y la verdadera dignidad de nuestro ser.

Hemos visto que la sana razon nos enseña la verdad de la inmortalidad del alma; pasemos á indagar, que han juzgado los pueblos sobre este punto, persuadidos de que su consentimiento uniforme es una voz de la naturaleza y no tiene otro principio que la misma verdad. Mas como los incrédulos á los primeros que acusan de materialistas son á los judios y se empeñan en querer probar, que ellos desconocieron el dogma de la vida futura y que Moises su legislador para obligarlos á cumplir las leyes solo les prometia premios, ó les amenazaba con castigos puramente temporales, para deshacer esta calumnia hablaremos primero del pueblo de Israel.

La creencia general del antiguo pueblo hebreo, y sus libros que ellos reconocian lo

mismo que los cristianos, como inspirados por el mismo Dios, nos enseñaran la verdad. Los antiguos patriarcas conocieron la inmortalidad del alma sin que haya habido algun tiempo en que la hayan ignorado. Pierden nuestros primeros padres el estado de santidad y justicia primitiva, y luego se les promete un redentor, que reparara las quiebras de la humana naturaleza, y en la esperanza del redentor prometido encuentran el consuelo de sus miserias. ¿Y podria ser este algun consuelo para Adan, Eva, y los antiguos patriarcas, si no tenian el conocimiento de la vida futura? ellos estaban persuadidos de que habian de morir, sabian que en la carrera de la vida presente estaban condenados á pasarla llenos de aflicciones y trabajos, que habian de comer el pan con el sudor de su rostro hasta que volvieran al polvo de que habian sido formados, y que serian convertidos en polvo; segun esto, ¿que les podia interesar la promesa de un Redentor, que no habia de venir en su tiempo, ni les habia de aliviar en los trabajos, á que estaban condenados? es pues necesario conceder que conocieron la inmortalidad del alma, supuesto que en el Redentor tenian vinculadas las esperanzas de su libertad. En el Génesis lémos, que el Señor hablando á Cain le dice que si obrare bien recibirá la recompensa de sus buenas acciones y si no su pecado se levantaria contra el. Estas promesas y amenazas, ¿cuando debian tener su cumpli-